

Pablo Espinosa

# La música, ese misterio

Alberto Blanco

*Un melómano se lanza a los numerosos ríos de la música para entregar a sus lectores un haz de experiencias, intuiciones y memorias que, a la manera de un viaje iniciático, transforman toda expedición al reino de los sonidos y los silencios. Esto ha hecho Pablo Espinosa, quien acaba de publicar, con el sello de la UANL, el libro La música, ese misterio, de donde procede el siguiente prólogo.*

Hace unos días, releyendo los *Escritos de un salvaje*, de Paul Gauguin, me encontré —más que perdida, guardada cuidadosamente entre sus hojas— una notita donde transcribí esta frase de García Márquez, melómano irredento: “hasta descubrir el milagro de que todo lo que suena es música, incluidos los platos y los cubiertos en el lavadero, siempre que cumplan la ilusión de indicarnos por dónde va la vida”. Y como esto no es un texto académico ni una tesis, sino apenas unas líneas para servir de entrada a las exploraciones musicales de Pablo Espinosa, no he sentido necesario rastrear el libro específico ni la página exacta en la obra del Gabo de donde proviene este pensamiento iluminador. Baste con atenernos a lo que en él queda expresado: todo es música. O, más bien: todo *puede ser* música, incluidos los ruidos de platos y cubiertos en el lavadero. Que así sea depende en realidad del oído y la conciencia de quien escucha. Así lo dejó expresado John Cage en su “credo”, *El futuro de la música*: “Donde quiera que estemos, lo que oímos más frecuentemente es ruido. Cuando lo ignoramos, nos molesta. Cuando lo escuchamos, lo encontramos fascinante”.

Esta manera de entender la música —y de comprender el ruido— en realidad no tiene nada de moderno ni revolucionario ni experimental. Se atiene a la perfección a ese estado de la conciencia que es el centro del Zen, de la práctica budista y de toda forma de meditación. Por dar un solo ejemplo, en el libro *Dharma Art*, el maestro Chögyam Trungpa, uno de los primeros lamas tibetanos en viajar a Occidente para impartir sus enseñanzas, lo dijo claramente: “Desde nuestro punto de vista el arte consiste en ser capaces de observar la singularidad de nuestra experiencia cotidiana”. Es posible llegar a apreciar la música más bella al estar barriendo las hojas secas.

A lo largo de años y años de escucha y escritura, de sensación, deleite y reflexión, Pablo Espinosa ha compartido generosamente con sus lectores un espectro amplísimo de propuestas musicales, que van desde el canto gregoriano hasta obras contemporáneas que utilizan el ruido como punto de partida y aun como materia sonora única en sus composiciones. Desde “La compositora Hildegard von Bingen” hasta “Billie Holiday, ese misterio”, sus textos no son otra cosa que la bitácora de

su educación musical: un esfuerzo limpio por ir más allá de las entrañables melodías escuchadas en la infancia y la pista sonora de la adolescencia, donde la música dejó estampada su huella indeleble en el disco duro de nuestras emociones, hasta lanzarse a la aventura de la *terra incognita* de la música contemporánea. Así, en un solo texto como “Música para el tránsito del alma”, Pablo Espinosa se ocupa de réquiems que van desde Guillaume Dufay y Johannes Ockeghem hasta Górecki y Arvo Pärt.

Pero Pablo Espinosa no se ha ocupado únicamente de la música clásica, contemporánea y el jazz; el rock ocupa un lugar destacado en su dietario, así como toda la música popular, venga de donde venga. Y basten como ejemplos los textos dedicados a Lou Reed, “Retrato del artista cuando ausente”, y a la bossa nova en “Antônio Carlos Jobim, poeta del agua”. Del primero de estos textos extraigo esta cita donde habla de Reed, Cale y todos los integrantes del Velvet Underground: “ejemplos a seguir de cómo hacer obras de arte con pocos recursos, con la honestidad, la verosimilitud y la aventura como vigías, rumbos, derroteros de la libertad”. Del segundo texto, cito esta frase: “antes de Jobim y De Moraes, la música brasileña ya poseía felicidad, destreza y alegría. Gracias a ella adquirió una nueva felicidad: la inclusión de la poesía”. Y es que no hay que soslayar que en sus textos, Pablo no sólo se ocupa de la música, sino que, cuando se trata de ópera o canciones, su atención a la letra y su poesía no desmerece en lo más mínimo.

Así, en su texto dedicado a Leonard Cohen, y que comienza diciendo: “Esta es la historia de un hombre que persigue la belleza...”, Pablo Espinosa no suelta el hilo:

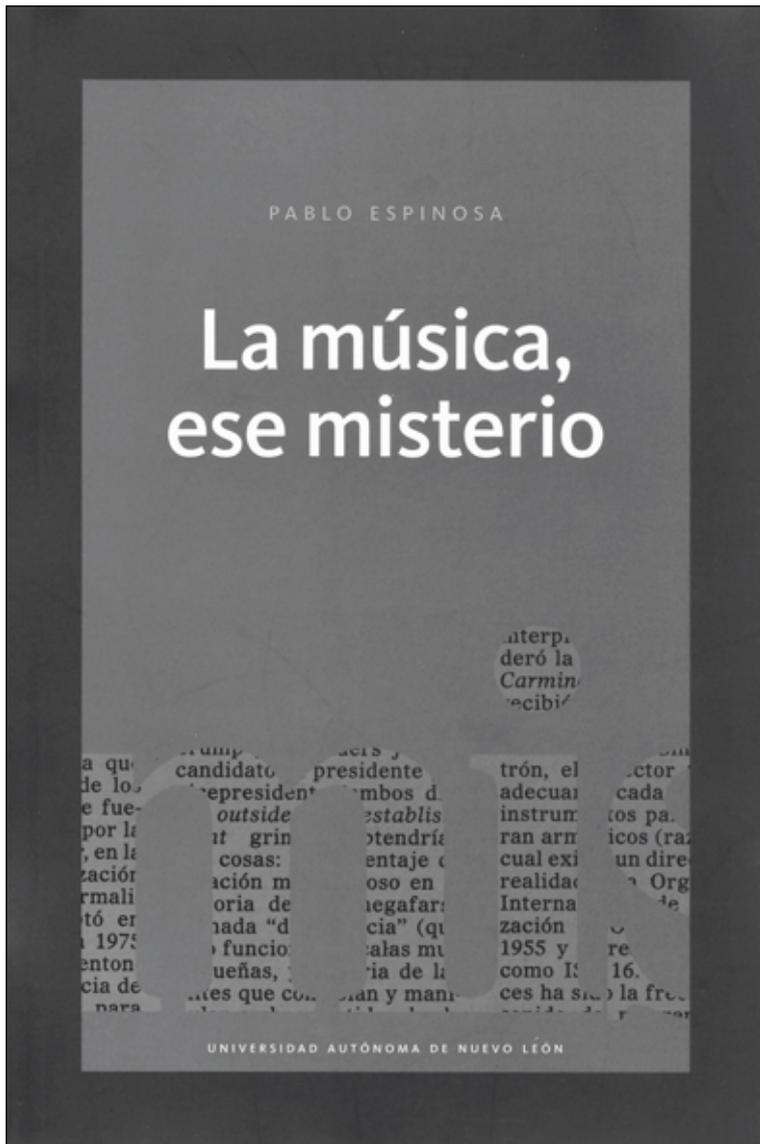
“Las palabras, ¡ah, las palabras! Son la herramienta maestra de Leonard Cohen para descifrar el mundo, narrar la vida, despertar el asombro y trascenderlo todo”. Y recuerda luego la mañana del 21 de octubre de 2011, cuando en Oviedo, España, el compositor canadiense recibió el Premio Príncipe de Asturias y en su conmovedor discurso dijo: “Hoy que soy un hombre mayor me doy cuenta de que no he dicho gracias por todo lo que he recibido, así que hoy vengo aquí a agradecer a todos porque cuando era adolescente y anhelaba una voz, Lorca me permitió hallar una voz propia, dentro de los estrictos límites de la dignidad y la belleza”.

Dignidad y belleza. Los compositores vanguardistas de música clásica y contemporánea, de free jazz y de rock experimental, en esta búsqueda de la dignidad y nuevas formas de belleza están más cerca unos de otros que de sus colegas menos aventurados. Los textos de Pablo Espinosa dan buena cuenta de ello acompañándolos en el espíritu y en la letra. Hoy en día un par de buenos oídos pueden distinguir con claridad que compositores vanguardistas como el griego Xenakis y el argentino Ginastera están más cerca de Radiohead o de Sonic Youth que de Bartók o de Britten; el director finlandés Esa-Pekka Salonen está más alejado de Herbert von Karajan o de Otto Klemperer que de Frank Zappa o de Björk. Un solo ensamble de intérpretes como el famoso Kronos Quartet ha hecho su carrera a partir de esta realidad ya muy evidente. Nada impide grabar en un mismo disco piezas de Jimi Hendrix y Conlon Nancarrow, o dedicar discos completos a la música de los Inuit, Astor Piazzolla, el minimalista Terry Riley o el gru-



© Javier Martínez

Pablo Espinosa



po islandés Sigur Rós. Pablo Espinosa hace justamente lo mismo con su escritura.

En sus textos dedicados a la música, Pablo ha ampliado el catálogo y el registro no sólo de la música que somos capaces de disfrutar, sino que se ha dado a la tarea de indagar incluso en la raíz de lo que podemos apreciar como belleza y entender como *música*. Porque, a fin de cuentas, esta es la pregunta que late entre las notas y silencios de estos textos: ¿qué es la música? Y conste que hablo aquí de notas al mismo tiempo que de silencios, porque como nos dice Espinosa en su texto dedicado a la música de la viola da gamba del siglo XVII de Monsieur de Sainte-Colombe, grabada bajo la batuta de Jordi Savall, la música no está en las notas ni en los acordes, no está en el ritmo ni en las melodías, sino en el espacio que hay entre todos estos elementos: “ese intersticio donde ocurre la magia de la música”. Que no es sino otra forma de decir lo dicho tantas veces y desde siempre sin dejar de ser verdad: que la música está en el silencio. O que la música proviene del silencio. O que la música tiene como fin último el silencio. Porque en el corazón de la música reina el silencio.

Y es que con la música pasa lo mismo que con la poesía, esa música de las palabras. Su sentido y su significado no se encuentran solamente en su significado semántico, o en el sonido de las palabras y los versos, en su concatenación y fraseo, asonancias y consonancias, sino, sobre todo, en sus márgenes: los silencios y los ecos... Un sonido significa más o menos en relación a los sonidos que lo rodean, del mismo modo que cierto color tiene una opacidad o un brillo, un tono o un matiz diferente dependiendo de los colores vecinos, cercanos o distantes. Aquí radican muchas de las lecciones de los grandes pintores, los grandes coloristas.

Todo contribuye a la educación del oído: las presencias tanto como las ausencias; la construcción, la deconstrucción y la reconstrucción de lo que nuestros oídos aceptan como música. Los extremos se tocan. Y todo forma parte de un proceso que no es sino la historia de la música misma, como bien lo señala Alex Ross en su indispensable *The Rest is Noise*:

“Los acordes de escándalo de Schoenberg, tótems del artista vienés en rebeldía contra la sociedad burguesa, trasminaron hasta los *thrillers* de Hollywood y el jazz de la posguerra. El material súper compacto y dodecafónico de las *Variaciones* de piano de Anton Webern mutó en una generación o dos hasta convertirse en *El segundo sueño...* de La Monte Young. La notación indeterminada de Morton Feldman dio la vuelta hasta llegar a los Beatles y su “A Day in the Life”. Los procesos graduales de Steve Reich infiltraron discos de gran éxito comercial de bandas como Talking Heads y U2”.

Un aprendizaje musical y una educación del oído que desemboca —¡paradojas!— en un verdadero desaprendizaje: escuchar todo por primera vez y con frescura, sin atavismos ni preconcepciones. Ya se sabe que, al paso del tiempo, toda música —y aunque parezca inconcebible, todo ruido— termina convirtiéndose en música clásica. Las matracas, las sirenas de barco y las máquinas de escribir del *Parade* de Satie así nos lo confirman. Y así lo entiende, lo comprende y acepta Pablo Espinosa en sus oídos, y lo comparte con nosotros en sus textos. Palabras que nos hablan de cómo hacer obras de arte, muchas veces con pocos recursos... derroteros de la libertad para ser recorridos con la honestidad y la certeza de auténticos gavieros (¡salud, Álvaro Mutis!) sin soslayar nunca la plenitud de la poesía.

Se trata, pues, de vivir la música, ese misterio, tal y como lo quería Varèse: no como un relato ni como una filosofía. Porque la música es... sencillamente la música. Escúchenla... hasta llegar a descubrir el milagro de que todo lo que suena es —o bien puede llegar a ser— música, incluida la conversación de los platos y los cubiertos en el lavadero, las teclas de mi computadora y el suave aleteo de las hojas del libro entre sus manos... siempre que cumpla con la función de recordarnos que *esta es la vida*. **u**